



—Ahora también quieren asociacionarse los hominíacos. Para ello se han reunido en un céntrico hotel en una cena política de las de antes de la apertura. Que sea lo que Dios quiera, pero así no vamos a ninguna parte.

VIAJE AL INTERIOR DE UN OBRERO (II)

Desperté al llegar al páncreas. La voz del general Jackson estaba ronca de tanto grito: «¡Teniente, los chinos han alcanzado la pleura y los soviéticos andan por la vesícula biliar...!». Sacudí la cabeza con energía y tomé los mandos de la suponave. Estaba atravesando el riñón derecho. Unas piedras gigantescas me cerraron el paso. Comprobé la presión: 9,22. No podía aumentar velocidad para sortearlas en trampolín. Eran demasiado grandes y estaban demasiado cerca para intentar el despegue. Fui reduciendo turborrectales hasta llegar a 3,45. El general Jackson soltó un aullido: «¡Maldito idiota, está reduciendo a velocidad de manobra...!». Me quité los cascos por no escuchar los insultos de mi superior y di la vuelta. Bajé hasta la uretra y paré. Fui concentrando gases en los estáticos y cuando hube alcanzado los 9,83 de presión abrí el paso de los dinámicos. Los turborrectales explosionaron de golpe y la suponave rasgó la próstata en llameante fricción. Había alcanzado los 90 nudos jorneros —unos 32.000 K/P/H— y al entrar de

nuevo en el riñón aumenté a 12,40. El acelerón arrancó el respaldo del asiento y terminé sentado en el orinal. Aproveché. La suponave despegó desde la nariz de un pequeño pedrusco y saltó sobre las otras piedras en fantástico despegue. Cuando terminé de hacer de vientre reduje presión a 9,22 y me coloqué los cascos. El general Jackson dijo severo: «Bien, teniente. Negarse a cumplir órdenes conduce al paredón o a una medalla. Acaba de ganar una medalla». «Gracias, señor». La noticia me llenó de alegría. Silbé contento y aumenté un poco la velocidad. Pero, pronto volvió el miedo. Estaba llegando a los pulmones. El silicómetro marcaba 99,36. No tardé en divisar a los chinos. Estaban parados en el silicountry, completamente desnudos. Era muy posible que la silicosis hubiera estropeado sus circuitos de oxígeno. Reduje gases. El general comenzó otra vez con sus insultos: «¡Qué hace, imbécil! ¡Ahora tiene ocasión de acabar con esos monos amarillos...! ¡Siga! ¡Necesitamos llegar al cerebro antes que los marxistas...!». «Si la silicosis derrite la

suponave, me quedaré sentado en la pleura». «¡Por mí, como si te quedas en cuclillas en el peroné! ¡Sigue, maldito cobarde!». La silicosis se había pegado al fuselaje y amenazó deshacer la glicerina... Un miedo espantoso me acometió. Esta vez no me hizo falta caer sobre el orinal. Una espantosa diarrea me hizo perder el conocimiento. Aun pude ver a los chinos regando de antitóxicos el silicountry. Trataban de purificar los pulmones del obrero. Pero, para mí era demasiado tarde... ya... no... podía... más...

CONCORDIO
(Continuará.)

¿Qué pasará? ¿Logrará el teniente Concordio controlar la suponave o será destrozado por los elementos? ¿Llegará al cerebro antes que los marxistas o será derrotado por ellos? ¿De quién será la mentalidad proletaria? ¡No deje de seguir esta apasionante serie, de venta en quioscos y farmacias todas las semanas de ocho a nueve!